

EL DESARROLLO DE LA ESPERANZA MESIÁNICA EN ISRAEL

The Development of Messianic Hopes in Israel

JOSÉ LUIS SICRE, S.J.*

Resumen:

El autor hace un recorrido por 7 etapas caracterizadoras de la historia de Israel, desde la monarquía davídica hasta el final del periodo macabeo, más una adicional que tiene que ver con el mundo del Nuevo Testamento, mostrando el desarrollo de la idea bíblica de "Mesías". Nos permite de esta manera comprender la génesis de esta esperanza del pueblo de Israel y la manera como los discípulos de Jesús la enriquecieron para ser aplicada al Maestro de Nazareth.

Palabras clave: Teología – Esperanza Mesiánica – Biblia – Historia Deuteronomista – Mesianismo.

* Doctor en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Profesor ordinario de la Facultad de Teología de Granada, donde enseña Pentateuco, Libros históricos y Libros Proféticos del Antiguo Testamento. Profesor invitado del Pontificio Instituto Bíblico de Roma y de la Facultad de Teología de San Miguel, Buenos Aires. Es autor de numerosos artículos y de diversas obras relacionadas con los estudios bíblicos, entre las que se encuentran: *Los dioses olvidados. Poder y riqueza en los profetas preexílicos*, Madrid 1979; *Con los pobres de la tierra. La justicia social en los profetas de Israel*, Madrid 1985; *Los profetas de Israel y su mensaje*, Madrid 1986; *Profetismo en Israel*, Verbo Divino, 1992; *Introducción al Antiguo Testamento*, Verbo Divino, 1993, *De David al Mesías*, Verbo Divino, 1995 y *Josué*, Verbo Divino, 2002. Para la Nueva Biblia Española y la Biblia del Peregrino tradujo los libros de *Crónicas*, *Esdras* y *Nehemías*. En colaboración con Luis Alonso Schökel, publicó los dos volúmenes de *Introducción y comentario a los Profetas*, Madrid 1980, y *El comentario al libro de Job*, Madrid 1983. Entre 1996-1998 publicó los tres volúmenes de *El cuadrante*, Verbo Divino, que constituyen un acercamiento a los evangelios sinópticos, y posteriormente *El cuadrante*, Verbo Divino, 2000, que recoge la parte novelada de *El cuadrante*. Su última obra: *Hasta los confines de la Tierra I. La fuerza del Espíritu*, Verbo Divino, 2005 supone un acercamiento en forma de relato novelado, pero en esta ocasión al libro de los *Hechos de los Apóstoles*.

Artículo recibido el día 13 de agosto de 2007 y aprobado por el Consejo Editorial el día 27 de septiembre de 2007.

Dirección del autor: jsicre@probesi.org

Abstract:

The author summarizes the itinerary through seven stages marking the history of Israel, from the Davidic dynasty till the end of the Maccabean period, adding a last one, which deals with the world of the New Testament to show us the development of the biblical theme of the "Mesiah". In this way, he makes us understand the origins of the expectations of Israel and how the disciples of Jesus enriched it to be applied to the Teacher of Nazareth.

Key words: Theology – Messianic hope – Bible – Deuteronomic history – Messianism.

El análisis de los textos nos permite reconstruir el proceso histórico que culminó en la esperanza mesiánica estricta.

I ETAPA: LOS ORÍGENES DE LA MONARQUÍA Y DAVID

Sin la existencia de la monarquía no habría surgido en Israel ese aspecto esencial del mesianismo que es la esperanza de un rey futuro. La idea de fondo es que el poder monárquico, la figura del rey, aporta al pueblo una serie de ventajas y le dan poderío y esplendor. Esta idea es independiente de David y de la promesa davídica. Así se comprende la importancia que adquirieron en la exégesis mesiánica dos textos que no están relacionados con David, sino simplemente con la realeza: la bendición de Judá (Gn 49, 10) y uno de los oráculos de Balaán (Nm 24, 17). Para no distraer al lector, no los traté anteriormente. Pero conviene mencionarlos en este momento. El primero afirma:

"No se apartará de Judá el cetro
ni el bastón de mando de entre sus rodillas,
hasta que le traigan tributo
y le rindan homenaje los pueblos" (Gn 49, 10).

Sin nombrar a David, se afirma el poder regio de Judá. Este texto, un tanto misterioso en hebreo, se prestaba a muchas cábalas. Las palabras que hemos traducido (hasta que le traigan tributo) fueron interpretadas a menudo: "hasta que venga Siloh". Y este Siloh se concibió como una referencia a David, en cuanto tipo del Mesías. De la importancia que adquirió este tema da testimonio el libro de A. Posnanski, *Schiloh. Ein Beitrag zur Geschichte der Messiaslehre*. Un total de 620 páginas dedicadas a la interpretación de Gn 49, 10 hasta finales de la Edad Media. Como veremos, un texto que habla de la realeza de Judá sin mencionar a David podía ser utilizado por monarcas o pretendientes al trono no davidas, como los Macabeos y otros personajes posteriores.

El último de los oráculos de Balaán afirma algo parecido, pero refiriéndose a Israel:

"Avanza la constelación de Jacob
y sube el cetro de Israel.
Triturará la frente de Moab
y el cráneo de los hijos de Set;
se adueñará de Edom,
se apoderará de Seir,
Israel ejercerá el poder,
Jacob dominará y acabará
con los que queden en la capital".

En este caso, no se habla de David ni de Judá. Podría pensarse que el texto nunca adquiriría connotaciones mesiánicas. Pero sí fue interpretado de este modo, como hemos visto al hablar de Qumrán. El cetro pasa de Israel a David, y el texto adquiere un sentido nuevo.

A pesar de lo anterior, sin la figura de David y la promesa divina de una descendencia eterna la esperanza mesiánica no habría adquirido en Israel la importancia que tuvo. La mayoría de los textos hacen referencia directa o indirecta a un descendiente de David, a un nuevo David, a un retoño de David. Se puede decir, sin miedo a exagerar, que 2 Sam 7 es el texto básico de esta mentalidad. Sin embargo, la figura de David se presta a diversas posturas, desde la defensa apasionada hasta la crítica. Este aspecto justificará las diversas actitudes que encontramos en siglos posteriores ante él y la promesa.

2 ETAPA: LA MONARQUÍA JUDÍA

En Judá, la dinastía davídica se asienta con firmeza. La figura del rey es presentada con rasgos comunes a los de otros monarcas del antiguo Oriente, exaltando sus cualidades y su poder. En los Salmos, el rey aparece como hijo de Dios, sacerdote eterno, dominador universal, bienhechor del pueblo, administrador recto de la justicia. Mucho más crítica es la postura de historiadores y profetas, que hablan de los numerosos fallos de los monarcas, aunque no ignoran las virtudes de algunos de ellos.

Dentro de estos siglos (931-586) podemos sugerir dos momentos de especial importancia para la reflexión posterior. El primero, el reinado de Ezequías, a finales del siglo VIII a.C. Bastantes autores piensan que fue entonces cuando se redactó el núcleo primitivo del actual libro de los Reyes. En él, la figura de David adquiere enorme importancia. No por sus hazañas militares, sino por su fidelidad a Dios. De este modo, en los momentos de peligro por los que atraviesa el Reino Sur, éste se ve salvado en *consideración a David*. Dios mantiene la promesa que le hizo, a pesar de los errores y pecados de sus descendientes.

El segundo momento relevante es un siglo más tarde, durante el reinado de Josías. Parece que este rey, aprovechando la decadencia de Asiria, intenta restaurar el antiguo imperio davídico; al menos, reunificar las tribus del norte y del sur. Esto provoca un clima de exaltación, que ha dejado sus huellas en el importante oráculo de Is 8,23b-9,6 y en textos de Oseas y Jeremías. El trono de David garantiza el fin de la opresión y de la guerra, la paz y la justicia, la armonía entre los hermanos separados.

Sin embargo, durante los siglos VIII y VII comenzamos a escuchar voces muy críticas con respecto a la promesa davídica. Son las de Isaías y Jeremías. El primero condiciona la subsistencia de la dinastía a la fe, que se concreta en una actitud de vigilancia y calma, de confianza en Dios. Un siglo después, Jeremías condicionará la subsistencia a la práctica de la justicia; algunos de sus textos incluso sugieren que no habrá más descendientes de David que se sienten en el trono. Basándose en estas ideas, autores posteriores podrán pensar que la promesa a David fue temporal, condicionada, y que quedó anulada por los pecados de los reyes.

En estos siglos, "mesías" es un simple título del monarca, que expresa su designación para el cargo y su estrecha relación con Dios. Carece de sentido hablar de esperanza mesiánica en esta época porque no hay nada que esperar. Los judíos tienen rey, la promesa hecha a David se está cumpliendo. Lo que sí cabe esperar es que el rey gobierne bien a su pueblo.

3 ETAPA: EL DESTIERRO (586-538)

La deportación de Jeconías a Babilonia en el año 598 a.C. supone un primer toque de atención para quienes creen en la promesa davídica de manera incondicionada. La deportación de Sedecías (586) parece hundir toda esperanza.

En esta época del exilio es fácil constatar posturas muy distintas ante los reyes y la promesa davídica. Una actitud frecuente es la de condenar a los últimos monarcas por su política funesta. Fueron malos pastores, que se despreocuparon del rebaño y provocaron su dispersión. Así lo advertimos en textos de Ezequiel y Jeremías.

Otros textos, como el Salmo 89, se plantean el problema teológicamente. Olvidando las amenazas de Isaías y Jeremías, se aferra a la literalidad de la promesa y se pregunta angustiado cómo puede permitir Dios esta humillación de su ungido.

Sin embargo, lo más frecuente, al menos en los libros proféticos, es la esperanza de restauración de la dinastía. Para evitar equívocos, dejando claro que no se espera un rey cualquiera, se habla ahora de un nuevo "David". Las fórmulas para expresarlo serán distintas: Is 11,1-9 habla de un "retoño del vástago de Jesé"; Miq 5,1-3 dice que viene de Belén; Ez 34 y 37 hablan de "mi siervo David"; Os 3,5 lo llama "David, su rey". No hay que interpretar esto, como hicieron algunos autores, en el sentido de una vuelta o resurrección de David. Los textos no se mueven a nivel mítico. Sólo desean expresar

las cualidades de buen pastor que tendrá el rey futuro, igual que las tuvo David. Algunos de estos textos, especialmente Is 11, 1-9, hablan del rey en tono grandioso.

Pero la época del destierro también es testigo de otra mentalidad: la que transfiere al pueblo la antigua promesa hecha a David. La encontramos en Deuteroisías (Is 55,3), y pienso que tuvo enorme influjo en generaciones posteriores. En el fondo, Deuteroisías saca las consecuencias de lo dicho por Isías y Jeremías. Lo importante para Dios no es David ni su descendencia, sino el pueblo. Y le mantiene su fidelidad.

En esta línea crítica con David podría situarse una obra de difícil datación: "La Historia de la sucesión". Generalmente se la fecha en tiempos de Salomón, casi contemporánea a los acontecimientos. Sin embargo, van Seters ha propuesto que se escribió durante el exilio, precisamente para tirar por tierra esa imagen idealizada de David y terminar con las falsas esperanzas depositadas en sus descendientes. No sé hasta qué punto puede ser cierta esta teoría, pero es interesante.

En resumen, la época del destierro anuncia lo que ocurrirá en siglos posteriores. Encontramos personas que mantienen su fe radical en la promesa y personas que la consideran superada.

4 ETAPA: LA RESTAURACIÓN (538-515)

En principio, la vuelta del destierro no significa el triunfo de los partidarios de la esperanza. Son años malos, difíciles, en los que se sigue sometidos a un poder extranjero, esta vez el de los persas.

Las cosas cambiarán en el año 520. Ageo y Zacarías esperan una restauración del reino de Judá en la persona de Zorobabel, descendiente de David. Este gobernador impuesto por los persas consiguió llevar a cabo, junto con el sumo sacerdote Josué, la reconstrucción del templo. Algo muy modesto en comparación con el de Salomón, pero que alentó muchas esperanzas.

En esta época, Zacarías propone una idea que ejercerá gran influjo en círculos posteriores: la división de dos poderes, político y sacerdotal (Zorobabel y Josué). Zacarías los llama "hijos del aceite", expresión equivalente a la de "ungidos". De aquí nacerá la idea posterior de los "dos ungidos" o los "dos mesías".

5 ETAPA: LA ÉPOCA PERSA (Hasta el 332)

Estos dos siglos constituyen el momento más misterioso de la historia de Israel. Sólo conocemos con cierto detalle la actividad de Esdras y Nehemías, en la segunda mitad del siglo V. Pero en estos momentos es cuando se llevó a cabo en gran parte la redacción definitiva de los libros proféticos y cuando se compuso la Historia Cronista.

Para el tema que nos interesa, esta época acentúa mucho el tema de la realeza de Dios. El pueblo no tiene un descendiente de David en el trono. Tampoco ha surgido ese nuevo David que se esperaba durante el exilio. Pero Dios es el rey de Israel, y eso basta. Así se comprende la tranquilidad con la que numerosos textos proféticos silencian la promesa davídica en momentos que cabría esperarla, o que no hablan del rey humano en su esbozo de un futuro mejor.

La actitud ante David es ambigua. En Crónicas deja de ser el modelo ideal propuesto por el libro de los Reyes, para convertirse en un personaje especialmente relacionado con el culto. La comunidad postexílica no puede esperar de él su salvación, sino de una postura de confianza en Dios, de humildad y de fidelidad a la Ley del Señor. En el fondo, David es una reliquia del pasado, aunque su obra sigue viva a través de muchas instituciones culturales. Sin embargo, los redactores del libro de los Salmos otorgan mucha importancia a la figura de David y del monarca. En esta época se redactan los títulos, que lo presentan como modelo de piedad en los momentos más difíciles de la vida. Y la figura del "ungido", el recuerdo de los reyes antiguos, adquiere un papel preponderante en ciertas colecciones de Salmos.

Esto nos sitúa ante esos sectores que no olvidan la promesa de Natán. La encontramos claramente en el Salmo 132 y en Jer 33, que esperan la restauración de la dinastía. Junto a estos grupos puramente restauracionistas es posible que existiesen otros con esperanzas más grandiosas con respecto al rey futuro. La relectura de algunos textos proféticos y Salmos podía fomentar esta actitud.

En resumen, una ambigüedad ante el tema que deja desconcertado al lector.

6 ETAPA: LA ÉPOCA GRIEGA HASTA LOS MACABEOS (332-164 a.C.)

Piensen algunos autores que la aparición de Alejandro Magno en Palestina supuso el despertar entre los judíos de la esperanza de tener un gran rey. Zac 9,9-10 sería el testimonio más claro de esta mentalidad. Un rey humilde, pero capaz de acabar con la guerra, dictar paz a las naciones e instaurar un reino más amplio aún que el de David.

Esta esperanza de un rey excepcional coincide con la interpretación que hacen los traductores griegos de muchos textos del Antiguo Testamento. En la traducción de Isaías, la "muchacha" de 7,14 se convierte en "virgen" para expresar las cualidades extraordinarias del niño que nacerá. En Am 4,13 también hemos detectado cómo una traducción errónea refleja, inconscientemente, la esperanza de un "mesías". No podemos detenernos en estudiar la interpretación mesiánica de los LXX, que nos llevaría muy lejos.

Sin embargo, la literatura apócrifa de estos siglos no demuestra interés por David ni por el rey futuro. En el Libro de los Vigilantes, el "vástago de justicia y de verdad"

es el pueblo. En el libro III de los Oráculos Sibilinos se habla de un rey, pero será un monarca egipcio, siguiendo la línea propuesta por Deuteroisaias para Ciro.

7 ETAPA: DESDE LOS MACABEOS HASTA LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO (164 a.C. - 70 d.C.)

Todos los autores están de acuerdo en que la rebelión capitaneada por los Macabeos y el reino que instauran fue un gran revulsivo para las ideas mesiánicas. Pero encontramos posturas muy distintas.

Los autores partidarios de los Macabeos desean dejarlos bien, pero no pueden aplicarles la antigua promesa davídica. A lo sumo pueden mencionar el poderío de Judá, como hacen el libro de los Jubileos y los Testamento de los Doce Patriarcas.

En cambio, los enemigos de los Macabeos se aferran a la promesa de David para esperar un rey distinto. Así ocurre en el Salmo de Salomón 17 y en Qumrán. En el Salmo de Salomón, la figura del rey está perfectamente dibujada, aunque nos deja con muchos interrogantes (¿de dónde viene ese descendiente de David?, ¿cuánto durará su reinado?, ¿instaura un mundo definitivamente feliz?). En Qumrán, la imagen es mucho más modesta; en el fondo, sólo se habla de una restauración de la dinastía; algún texto afirma que el "mesías" tendrá descendientes en el trono.

Por otra parte, esta época es testigo de la proliferación de personajes salvíficos. El Antiguo Testamento daba pie a ello. Se podía esperar a un profeta excepcional, como Moisés; a un personaje que salvase a través del sufrimiento, como el Siervo de Yahvé; a un sacerdote fuera de lo común; a un Elegido. Incluso se introduce la figura del Hijo del Hombre, probablemente de origen persa. Estos personajes no reciben automáticamente el título de "ungidos", pero sí en algunas ocasiones (el sumo sacerdote y los profetas en Qumrán) o se termina identificando al "ungido" con el "Hijo del Hombre" (Parábolas de Henoc).

En definitiva, cuando Jesús comienza su actividad, se puede decir que reina una confusión notable con respecto al tema. No cabe duda de que muchos esperaban un "salvador". Pero podía identificársele con un rey, un profeta, o una figura trascendente. Incluso los que esperaban un "mesías regio", un monarca descendiente de David, lo concebían de forma muy distinta.

El Nuevo Testamento confirma esta idea. Lucas, en el evangelio de la infancia, expresa la pluralidad de esperanzas. Gabriel subraya ante María que Jesús será rey y heredará el trono de David. Zacarías se mueve en la órbita del Salmo de Salomón 17, esperando que la fuerza salvadora suscitada en la casa de David acabe con los enemigos y permita servir al Señor en santidad y justicia. Los ángeles, que son los únicos en usar el término "Mesías", lo presentan como "un salvador", pero que nace en suma pobreza, débil como un niño. Simeón lo ve como salvador, pero también como luz de las naciones y bandera discutida. Ana sólo piensa en la liberación de Jerusalén.

Lo mismo ocurre en el evangelio de Juan. Los personajes que en él hablan del Mesías manifiestan las posturas más distintas. La samaritana lo ve como maestro que explicará todo (4,25), y piensa que el Mesías tiene capacidad de adivinar su pasado (4,29). Entre el pueblo, unos opinan que nadie sabe de dónde vendrá (7,26), mientras otros aseguran que nacerá en Belén (7,42). Para otros, lo típico del Mesías es que hará señales y milagros (7,31). Incluso los discípulos le aplican el título como podían aplicarle cualquier otro: "Cordero de Dios" o "Rabí".

En el fondo, lo más extraño es que se aplique a Jesús el título de "Mesías". Cuando Pedro lo llama así en su famosa confesión, está pensando en Jesús como rey de Israel. Igual ocurre con Natanael, cuando le dice: "Maestro, tú eres el hijo de Dios, el rey de Israel". Ya hemos visto que el rey era "hijo de Dios". No debe extrañarnos que se use la expresión en este caso. Originariamente, tampoco iba más allá de proclamar la realeza de Jesús.

Y esto es lo extraño. Porque la actividad de Jesús dista mucho de lo que se esperaba del rey salvador. Por otra parte, el título de Mesías era muy pobre para designar la persona y la obra de Jesús. Entonces, ¿qué pudo motivar la aplicación a Jesús del título "Mesías"? Diría que la experiencia inicial de los discípulos. Al principio, ellos vieron en Jesús un libertador político, un rey descendiente de David. En esto podían estar influidos por la mentalidad farisea, reflejada en Salmo de Salomón 17. Arrastrados por esta idea lo siguieron. Más tarde, cuando vieron que este título no se adecuaba plenamente a la persona y la obra de Jesús, no lo desecharon, lo enriquecieron con otros títulos complementarios, como Hijo del Hombre, Siervo de Yahvé, Profeta, Sacerdote. En el Nuevo Testamento tuvo lugar la misma fusión de títulos que hemos constatado en el Libro de las Parábolas de Henoc a propósito de "mesías", "hijo del hombre" y "elegido".

Además, el mismo título de "Mesías" fue enriquecido con aspectos inimaginables hasta entonces. El evangelio de Juan lo presenta como revelador, capaz de resucitar y de dar la vida, preexistente, eterno. El himno inicial de la Carta a los Efesios habla de un plan maravilloso de Dios: "Que el universo, lo celeste y lo terrestre, alcanzaran su unidad en el Mesías" (1,10). Estamos ya muy lejos de la promesa hecha a David. Si queremos, la promesa davídica nos ha traído hasta límites insospechados.

Si los cristianos profundizaron en el título y lo completaron, algo parecido ocurrió entre los judíos. Dos obras de finales del siglo I d.C., 4 Esdras y 2 Baruc nos ponen en contacto con nuevas especulaciones sobre el tema. Y la reflexión y la esperanza continuaron vivas, sobre todo en la Edad Media.

Pero hemos de terminar aquí. Ha sido un recorrido apasionante, confuso a veces, sujeto a muchas dudas. Los cristianos, al menos, tenemos la certeza de que la promesa antigua se ha cumplido: "Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías y Señor" (Lc 2,11).